

misma, de "civilizarlos", en últimas instancias se reduce su "maestría" a considerarlos objetos de laboratorio, como el ridículo ensayo de la Indian Office. El indio americano que, como cualquiera otra obra maestra de la naturaleza, supo resistir el proceso de proletarización y desculturización completa, según palabras del Dr. Lipschuts, no puede ser otro sino el "hombre-fruto" que define Gabriela Mistral, con ese sentimiento suyo tan americano y tan exacto. Ha dicho la poetisa, al decirlo lanzó a la rosa de los vientos uno de sus más ricos poemas, en las mismas páginas donde "el trópico es el cielo verdadero, el único cielo-cielo" y la tierra es de "aire vegetal", allí mismo lo dice por su único amor en lo cierto.

Decidme que sí o que no, queridos amigos de América, pero —por favor— medita los poemas de Gabriela que bien lo merecen.

M. GUTIERREZ de la FUENTE.

Sevilla, España.

JOHN M. KEITH, S. A.

SAN JOSE, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)
Máquinas de Escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)
Muebles de acero y equipos de oficina (Globe Wernicke Co.)
Implementos de Goma (United States Rubber Export Co.)
Máquinas de Calcular MONROE
Refrigeradoras Eléctricas NORGE
Refrigeradoras de Canfín SERVEL
Balanzas "TOLEDO" (Toledo Scale Co.)
Frasquería en general (Owens Illinois Glass Co.)
Conservas DEL MONTE (California Packing Corp.)
Equipos KARDEX (Remington Rand Inc.)
Pinturas y Barnices (The Sherwin-Williams Co.)
Duplicador GESTETNER (Gestetner Ltd. Londres)

Canto del exilado perenne

(En Rep Amer. Atención de la autora).

República de El Salvador, Centro América!
Pequeña y cálida, suave y acogedora;
un punto,
en la inmensa geografía del mundo.

Patria de mi gente mayor,
tu historia emocionó mi corazón de niña
y me señaló rutas eternas.
El Padre José Matías Delgado
se yergue en mis recuerdos infantiles
como forjador tuyo;
y el gran José Santiago Célis,
es mártir ahorcado por la corona española,
rabiosa y decadente.

Amo tus maquilihuas y no los puedo ver;
el manantial de tus aguas no fluye para mi sed,
y tus volcanes inquietos y ardientes
no alcanzan a iluminar mi esperanza.

¿Qué genio maléfico te aparta de mi vida?
Siento como Darío "estremecerse
las vértebras enormes de los Andes",
y es que hay un gigante Frankenstein,
aterrando las almas de los pueblos.
Viene del Norte al Sur,
conoce el Occidente y el Oriente;
siembra pobreza e inquietud
y tritura lamentos y alaridos
de horror.

Manes de Cuscatlán,
de los divinos bosques de Hibüeras
y del antiguo reino de Nicoya!
Velad por nosotros...
Que haya un renovado vigor en nuestra sangre,
que la mirada se nos vuelva penetrante
y el corazón respire fortaleza.
¿A dónde iremos
en la hora de la intriga y el dolor?
¿Con qué armas habremos de luchar,
quién estará por nacer'
tras las rudas espaldas del gigante
y cuándo nos ayudará?

Estamos a media noche
desde hace largos años.
El anhelo violento de nuestros pueblos niños,
nos da temblor de impaciencia.
Hasta cuándo será,

hasta cuándo...!
¿Qué signos anunciarán para nosotros
el alba de la Justicia y de la Libertad?
Dejamos a cada paso lágrimas y sangre...
¡Ese es nuestro Mensaje para la juventud!

Este y aquel;
tú y yo.
Podemos contarnos con las manos,
los exilados de siempre.
¡Pero cuidado! Frankenstein,

la sangre humana,
es licor universal de vida
y nosotros estamos bautizados con ella.
Vivimos en cada sufrimiento
ya sea negro, blanco o amarillo.
El Alba nuestra será también de Oriente y
[Occidente];
florecerá en el Norte y en el Sur;
y para entonces, Frankenstein,
la Rosa de los Vientos esparcirá vuestras cenizas
sin piedad,
por los siglos de los siglos,
amén.

Amparo CASAMALHUAPA.

México, D. F., enero de 1949.

El cerco de madre selvas

Por B. GONZALEZ ARRILI

(Envío del autor, en Buenos Aires.
Diciembre de 1948).

La predilección materna por los cercos de madre selva era permanente, pero un episodio de la niñez hacía creer que las víboras se refugiaban en ellos al promediar las tardes, quedándose a su arrimo toda la noche, para salir de madrugada a estirar el cuerpo frío por sobre las piedras y los yuyos. De manera que sólo bien hecha la mañana con el sol, atreviase a llegar hasta el cerco y, cuando estaba florecido, armar con aquellas maravillas de carnosidades blancas y amarillas unos ramos bordados con hojas verdes que luego lucían en el comedor sobre los floreros de vidrio pintados al óleo por dentro y ribeteados en oro vivo.

El cerco era como un telón de metro y medio de alto por poco menos de cien de largo, pues corría de una casa esquinera a otra, con la sola interrupción del portón de cinc, y luego seguía, dando vuelta a la calle, por espacio de otra cuadra hacia abajo. Troncos y alambres fundadores y sostenes del cerco desaparecieron bajo el lujurioso desparramo de ramas y hojas en larguísimas series, entrelazados hasta formar una pared aparentemente defensiva.

El entrecruzado de las ramas se tupía en verdes diversos hasta reventar en flores blancas que al envejecer, días más tarde, amarillaban aterciopelándose y divagando en olores melo-

sos que permanecían en el espacio de la manzana y de las calles hasta caracterizar la propiedad, pues no hacía falta más que olisquear la madre selva pródiga para saber de cierto que allí estaba la casa de los abuelos.

Eso aparte de que el cerco florido y oloroso tenía en su lánguida historia vulgar un episodio de cabalgata que, pudiendo terminar en tragedia no pasó de una parrafada poco más o menos alegre. Tratábase de un capítulo escrito al iniciarse la juventud de mamá, "cuando mamá era muchacha", según la acertada denominación de Cucullu. Una tarde salió con un grupo de ellas a caballo. Iban dispuestas, para matar el semiaburrimento de las vacaciones, a recorrer algunas calles centrales y acaso dar un galope por el camino de Santa Cándida. Marchaban jarifas, luciendo polleras largas, botas altas, sacones abotonados, según era de uso cabalgar las mujeres, una pierna enhorquetada en la silla especial. Mamá jineteaba a "Pacheco", un alto tordillo rosado que fue el crédito del abuelo y luego alcanzaron a conocer todos los nietos. De regreso ya la colorida cabalgata, comenzaron a recorrer las calles que daban a las moradas de las Amazonas, quedándose cada una en la suya. Venían galopando, calle Madrid abajo, y al llegar a la casa frente al cerco, ya fuese porque "Pache-